

Eco termina hablando otra vez de los códigos, una de sus obsesiones, hasta estudiar el código como algo natural (el genético) y cultural (las instituciones). Sobre lo cual concluye: "La metáfora del código, incluso cuando ha sido mera metáfora, al menos ha respondido siempre a una obsesión unificadora: la dialéctica entre ley y creatividad o, según las palabras de Apollinaire, la lucha constante entre el Orden y la Aventura".⁴¹

DERRIDA

Jacques Derrida (El-Biar, Argelia, 1930) puede considerarse como semiótico por sus reflexiones críticas sobre el signo desde dos tradiciones: la fenomenología y el estructuralismo. En la fenomenología, Husserl había dedicado atención al lenguaje, más que al signo, y a ello hace Derrida una crítica fuerte. Pero es sobre todo en su crítica al estructuralismo de Saussure donde centra Derrida sus consideraciones sobre el signo.

En el caso de la fenomenología, Derrida critica dos cosas en su estudio *La voz y el fenómeno*. Allí comienza ya su crítica de lo que llama el logofonocentrismo, es decir, el privilegiar la voz por encima de la escritura.⁴² De una manera curiosamente parecida a la tradición de la cábala, Derrida se queja de que la filosofía occidental ha privilegiado a la voz o

⁴¹ *Ibid.*, p. 340.

⁴² Cf. J. Derrida, *La voix et le phénomène*, París: Presses Universitaires de France, 1967, p. 14.

signo sonoro por encima del signo escrito, siendo que la escritura puede considerarse —según él— de alguna manera anterior a la voz y más primitiva. Eso también implica el privilegiar, como se ve en Husserl y la fenomenología, según las críticas de Heidegger y, después, de Levinas, la metafísica de la presencia, de aquello que está presente como objeto a mi subjetividad, en la línea de la ontología del sujeto, la egología de la modernidad.

Eso también implica privilegiar la representación, la cual va de la mano de la metafísica de la presencia. Es la epistemología que casa con esa ontología. El representar, sobre todo para la fenomenología, es el acompañante de la presencia. Pero Derrida está, en la línea heideggeriana, contra la metafísica de la presencia. La presencia —dice, de manera cercana a Lacan— es mera ilusión.⁴³ Es la que está vinculada a la identidad. Por eso Derrida exalta la diferencia, a la cual, para que tenga tanto el sentido de lo diferente como de lo diferido, la llama *différance* (que ha sido puesto en castellano como *diferancia* o *diferenzia*). Es lo diferente y también lo que se posterga, esto es, lo que nunca llega a hacerse presente, en contra de la metafísica de la presencia y de la semiótica de la representación. Es lo que difiere y lo que se difiere. Por eso hay que desconstruir (*déconstruire*) la metafísica, hay que inyectar a la pretensión de la presencia la saludable sensación de la ausencia, con el monto de nihilismo que eso conlleva, en la línea de Nietzsche.

⁴³ Cf. *ibid.*, pp. 60 y 65-66.

En cuanto al estructuralismo, en contra de la exaltación de la voz, que se da en la fonología, Derrida erige la ciencia de la escritura, que es la gramatología. En griego, *foné* es sonido y *gramma* escritura; por eso es la gramatología, que expone en el libro de ese mismo nombre, de 1967. En otro libro de ese mismo año, *La escritura y la diferencia*, hace a la escritura ser el instrumento de la diferencia (como diferenciación y como diferición), en contra de la voz, que preserva la lógica de la identidad. Por eso insiste en la desconstrucción de esa metafísica occidental, para salvaguardar la diferencia. La desconstrucción es la estrategia de des-sedimentación de las significaciones,⁴⁴ que parecían apoyar la identidad.

Pero la escritura y la diferencia nos enseñan que, a pesar de que Saussure hablaba de un signo, o un significante que se dirige hacia un significado, no hay tal; lo que nos encontramos, como siempre se difiere incesantemente la significación, es que no hay signo, sino traza, algo que no acaba de estar, por lo cual no llega a ser ni siquiera signo, es menos que eso. Nada más es una marca, como una escritura, o, como él la llama, una archiescritura.⁴⁵ La traza es menos que un signo, es el siempre diferir la significación, la representación, porque no habrá nunca presencia plena. De una manera muy cercana a Lacan, hay que desconstruir la presencia con la inserción de la ausencia, que es lo que en realidad tenemos.

⁴⁴ Cf. el mismo, *De la grammatologie*, París: Minuit, 1967, p. 21.

⁴⁵ Cf. el mismo, *L'écriture et la différence*, París: Eds. du Seuil, 1967, pp. 13 ss. y 427 ss.

No queda más que el significado impreciso, algo que nunca va a tener propiedad, que se queda en lo meramente aproximativo, como la metáfora. De hecho, en seguimiento de Nietzsche, Derrida sostiene, en varios ensayos de *Márgenes de la filosofía*, de 1974, que todo lenguaje es metafórico; pero carecemos de una metáfora que nos explique el funcionamiento de la metaforicidad.⁴⁶ Estamos condenados a no saber del lenguaje en sus resortes más íntimos.

Aunque en libros posteriores ha asumido otros temas distintos de la semiótica, podemos volver a la *Gramatología*, para ver una crítica de la significación y la semiótica que hace Derrida en la línea de Peirce, a saber: usando la idea de éste de una semiosis ilimitada o infinita. Aquí infinito es interminable, muy de acuerdo con la diferición o postergación continua del significado. Esta diferición interminable de la significación embona muy bien con la diferencia, es implicada por ella. Derrida aprovecha a Peirce para apoyar su idea de que el significado se nos queda siempre diferido, postergado, nunca alcanzado. De hecho lo ve como inalcanzable, como algo que siempre se nos va a escapar, que no podremos atrapar nunca. Y, así, estamos condenados a tener sólo aproximaciones, a caminar tras las huellas de algo que, cuando queremos que sea para nosotros objeto presencial, se nos ha quedado en mero vestigio, traza.

⁴⁶ Cf. el mismo, *Marges de la philosophie*, París: Minuit, 1972, pp. 13-14 y 250 ss.